

# *El ímpetu del mar*

Claudia Barzana



VESTALES

© Editorial Vestales, 2016.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Imagen de tapa: Archivo General de la Nación, Departamento de Documentos Fotográficos, Buenos Aires, Argentina [fragmento y composición].

Barzana, Claudia  
El ímpetu del mar, 1.<sup>a</sup> ed., San Martín: Vestales, 2016.  
512 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-41-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. I. Título  
CDD A863

ISBN 978-987-3863-41-7

Hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2016 en Gráfica LAF SRL, Montegudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

*Los pueblos que olvidan sus tradiciones  
pierden la conciencia de sus destinos,  
y los que se apoyan en tumbas gloriosas  
son los que mejor preparan el porvenir.*

Nicolás Avellaneda, discurso del 5 de abril de 1877.

## PRÓLOGO

Puerto de Buenos Aires, 28 de mayo de 1880.

UNA DENSA NIEBLA FLOTABA SOBRE LAS AGUAS DEL RÍO DE la Plata. El vapor *Villarino*, fondeado en la rada interior del puerto, apenas se vislumbraba. Desde allí, en una falúa que pertenecía al navío, y remolcados por la lancha *Talita*, eran trasladados los restos del general San Martín, al fin repatriados desde el puerto francés de El Havre. En el muelle de Las Catalinas, la comitiva de recepción conformada por las máximas autoridades del gobierno nacional vigilaba la ceremonia en silencio. A un costado, observaban atentos los miembros de la prensa vestidos de negro y con un distintivo en el brazo izquierdo en señal de respeto. Antes de oír el discurso de Sarmiento, comenzaron a escucharse los primeros cañonazos de salva de los veintiuno programados como preámbulo del homenaje.

Un poco más alejado del gentío, Tristán Paz observaba con atención. Aquel era su lugar, un ámbito tan familiar como su propia casa. A su lado se acomodó Leandro Paz.

—¿Creés que en pocos días las armas encargadas sonarán tan claras como estos cañonazos?

—Por supuesto. Si ustedes hubieran tenido alguna duda, no me habrían hecho el encargo.

—Primo, buena observación. No pongo en duda tu eficiencia, además creo que el no pertenecer a ninguno de los dos bandos te permite actuar del modo diligente con que lo hacés.

En varias oportunidades habían discutido lo mismo, el clima político que se vivía en la ciudad era cada vez más candente. En abril se habían realizado los comicios para designar a los electores de presidente. En ese mapa político, Tejedor había ganado con gran cantidad de votantes que pertenecían a la provincia que gobernaba y también a Corrientes, que le había brindado apoyo, por lo que su postulación a presidente estaba respaldada solo por dos provincias. Contaba también con poderío armado: un grupo de rifleros lo defendían junto a la guardia provincial. En el lado opuesto estaba Nicolás Avellaneda, el presidente, que apoyaba la postulación de Julio A. Roca y que contaba con el aval del resto de las provincias.

El ambiente social se enrarecía cada vez más. Un mes antes se había intentado apaciguar la tensión política con un encuentro, en apariencia amistoso, entre el gobernador de la provincia de Buenos Aires y Roca con el objetivo de designar a un candidato de transición, que podía ser Gorostiaga. Sin embargo, la iniciativa quedó en meras buenas intenciones.

Leandro Paz, como buen político que creía ser, trataba de acomodarse en el lugar que le asegurase una mejor posición para ascender. Había conseguido el contacto para hacer un encargo armado a Tristán, para luego contrabandear las armas. Así evitaba que las autoridades nacionales tomaran conocimiento del origen de la mercadería. No obstante, cuando era necesario, Leandro no solo defendía lo incuestionable, sino que cambiaba el rumbo de su pensamiento, del mismo modo que viraba la corriente del río en plena sudestada. Muy por el contrario, a Tristán nada de eso le movía algún tipo de interés: carecía de bandería política, salvo su propia conveniencia.

—Lo único que me importa es cumplir con lo pactado. Los intereses que cada uno de ustedes persigue no son los míos. Hace tiempo ya que no me fío de la política en la que actuás y a la que defendés.

—Está bien, solo quería confirmar la fecha de llegada y constatar que no hubiera surgido ningún inconveniente.

—No. De haberlo, te lo haré saber.

Tristán desvió la mirada del homenaje al General, y sus profundos ojos miel se clavaron en las turbias aguas del río. Esperaba que en pocas horas todo acabase y resultara de acuerdo a lo esperado, aunque su pálpito le decía otra cosa.

El ingreso de armas que había negociado provenía de Alemania y esperaba que arribaran en breve. Era un secreto que debía permanecer en pocas manos para que los revoltosos comandados por el gobernador Carlos Tejedor finalmente se hicieran de ellas. Sin embargo, en el último tiempo, varias personas estaban al tanto de la operación, lo que le hacía dudar de que todo tuviera un buen final. Tristán no se fiaba de nadie, actuaba solo, aunque aquella vez parecía ser diferente: sabía que solo le restaba esperar para que en unas pocas horas todo acabase. Intentó distraerse de los nefastos pensamientos que se le agolpaban en la mente y observó cómo los soldados del ejército y la infantería marchaban a su lado junto a la escolta presidencial que conduciría al féretro del General hasta su morada final en la Catedral de Buenos Aires.

\* \* \*

Días después.

La noche caía sobre la ciudad y teñía de mayor oscuridad la ribera del Riachuelo. Allí, en un recodo, se perfilaba la Vuelta de Rocha. Tras la comba del terreno, se avistaba fondeado el vapor *Riachuelo*, a cierta distancia de otras embarcaciones y rodeado de pajonales y camalotes. No había sido sencillo el arribo: había debido sortear otras naves que lo habían perseguido ante la sospecha de un contrabando armado. Estaba claro que, tal como lo había presagiado Tristán, la noticia del desembarco se había filtrado. Cambiaron entonces de planes: la operación se haría allí mismo y dejarían de lado la entrada convencional del puerto de Buenos Aires. El navío con-

tenía tres mil quinientos fusiles Remington. El operativo de desembarco hasta la costa hacía más de dos horas que había comenzado. El objetivo era que las armas llegaran cuanto antes hasta los rifles. Tristán sabía que con lo único que no contaban era con tiempo, por eso no dejaba de dar directivas a su gente, solo restaban un par de cajas para completar la descarga total. Fue solo un segundo que tuvo Tristán para darse cuenta de que el tiempo había llegado a su fin. Fue en ese mismo instante cuando la incertidumbre de lo que podía ocurrir se transformó en una contundente certeza.

—¡Cuidado!

Los sordos disparos retumbaron y el olor a pólvora inundó el aire. Un absoluto descontrol se apoderó de la situación. Por un lado, estaba el Batallón 1, que respondía a las fuerzas nacionales y que repelía cualquier acción comandada por el gobernador de Buenos Aires. Tristán, a los gritos, liberó a su gente para que se protegiera; las cajas que faltaban entregar fueron dejadas a un lado, y todos se alejaron de ahí. Algunos de los rebeldes, rifleros y la guardia provincial, se habían hecho de las armas mientras Tristán se adentraba en las aguas para apurar y completar el encargo. En medio del fango, los disparos y la confusión, logró depositar las últimas dos cajas del embarque en plena noche cerrada iluminada solo por los destellos de los fogonazos y dio por terminada la operación. Las detonaciones ya se habían trasladado de la costa al interior de las callejuelas. Huyó armado, pues creía que aún no había llegado su momento; aquella no era su causa. A medida que se alejaba de la costa y se adentraba en las calles, los disparos se hacían más cercanos y la gente se precipitaba para buscar refugio en sus casas. En esa frenética carrera, Tristán se escabulló por un atajo que conocía y, en el mismo momento en que atravesó la calle, se encontró de frente con una joven que huía en sentido contrario con la desesperación dibujada en el rostro. La ropa que usaba, junto a la confusión y a la desorientación, confirmaba su condición de inmigrante. Fue el disparo que golpeó el cuerpo de la muchacha lo que hizo que Tristán detuviera la carrera. Fue solo un segundo en el que pudo reaccionar ante lo que sucedía frente a sus ojos, y se

lanzó a atajar el cuerpo. Observó a la joven: una herida comenzaba a hacerse visible en el hombro, y una mancha escarlata teñía el vestido aldeano que llevaba. Un chal de lana se había caído al suelo. El rostro se le empalidecía a cada minuto, y los ojos azules lograron captar la imagen de aquel hombre que le hablaba sin que ella pudiera siquiera pronunciar palabra. Los ojos color miel la atenazaban con la mirada.

—¿Cuál es su nombre?

Ella veía cómo aquella boca se movía sin siquiera poder entender qué le decía. Solo hizo un último esfuerzo para decir lo que creía que ese hombre pretendía escuchar.

—Mi nombre es... —Tomó una última bocanada de aire—. Juliete.

El rostro casi perfecto cubierto con manchas de lodo del hombre que aún la mantenía envuelta entre sus brazos fue la última imagen que guardó en la retina antes de cerrar los ojos y caer en la más absoluta oscuridad.